FRATERNIDAD

ENTRE LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS

(Premio en los Juegos Florales organizados por la Junta de Covadonga en 1901)

Al Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce
eximio poeta

ESCUCHAD esa queja
que en las alas del viento
viene de otra región, ¡hondo lamento
que pavoroso donde quiera deja
angustia y malestar y sufrimiento!
¿De quién es esa voz? ¿Cuyo ese grito?
¿Qué congoja que espanta
lleva del corazón á la garganta
ese ¡ay! que clama á Dios en lo infinito?
. . . . . .

Entre las sombras que el dolor condensa,
de pie, suelto el cabello y con las juntas
manos caídas, mientras racha intensa
mantiene de su manto altas las puntas,
una mujer, señora de dos mundos
en tiempos idos, cuando Dios quería,
desde la ibera playa al viento entrega
el ¡ay! desgarrador de sus profundos
gemidos de inmortal melancolía.

¡Esa es España! *Atónita y herida*
bajo el peso brutal de su infortunio,
mientras la ola que á sus pies desmaya,
imagen fiel de la inconstante suerte,
su espuma abate en bullidora raya,
hacia la azteca playa
los tristes ojos con afán convierte!

Pretende ver de nuevo entre la bruma
surgir, como al hechizo de un conjuro,
aquel remoto y escondido imperio
que surgió entre la sombra y el misterio
como el naciente sol surge en lo obscuro.
¿Y recuerda aquel tiempo en que al bravío
indiano mar, al despuntar un día,
la perla más valiosa que tenía

logró arrancar con el pujante brío
con que paseó de un polo al otro polo
del parche hispano al épico redoble
de su blasón heráldico el emblema,
haciendo de ella su florón más noble
al engarzarla en su imperial diadema?...

¡Madre! bien haces en tener ahora
en que te humillan la doblez y el oro,
los tristes ojos en nosotros fijos:
si en épocas pasadas, su decoro
con ánimo viril y pecho fuerte
guardaron contra ti tus propios hijos,
hoy que se abate el ángel de la muerte
sobre tus campos fértiles, señora,
vuelve á nosotros tu mortal tristeza,
reclina en nuestro seno la cabeza,
somos tus hijos y te amamos: ¡llora!

¿Te acongoja la duda? ¿Acaso temes
que, desbordado río,
tal como sacudió tu poderío
el mal que te atribula y que te abate
y origen es de tus amargas penas,
abata y atribule al que en sus venas
lleve la sangre que en tus venas late?

¿Temes que al recio y formidable embate
de gentes nuevas y de extraño idioma
muera el idioma que se habló en Castilla?
¿Por qué? No temas el adverso empuje;
que todo mar que se alborota y ruge
su impetuoso furor rompe en la orilla.

No morirá tu raza; vuelve el rostro
á las viejas naciones; el tirano
dolor sacude y ve cómo se empina,
tras los Alpes, el águila latina
que viene en busca del condor indiano.
Somos los mismos, nuestra raza es una,
una la fuente límpida y sonante
que dió con su rumor música al verbo
con que rió Quevedo y lloró el Dante.
¡Oh España! ¡olvida la espantosa lucha,
enjuga el llanto acerbo,
yergue de nuevo la cerviz y escucha!

¿Oyes ese rumor? Anuncia el día.
Es la brisa que alegre y juguetona
salva la mar bravía,
besa la espuma, arruga la amplia lona
de la plegada vela, se encarama
por el esbelto mástil, leve agita

la ligera oriflama
que adorna el tope, audaz se precipita
desde la altura, juega con la grama
que alfombra el valle por abril florido,
y va á colgarse al fin de alguna rama
donde sacude y alborota un nido.
Es un soplo de vida
que presta nuevo ser á cuanto toca,
que de polen fecundo el campo llena,
y que hace en la hendidura de la roca
florecer con su aliento á la azucena.

¡Oh y ese soplo es inmortal! el tiempo
ni lo extingue jamás ni debilita;
es el mismo que allá, cuando una aurora
reflejó su fulgor rosado y vivo
por la primera vez en las pupilas
del hombre primitivo,
llevó, lleno de amor y de pureza,
á la frente del ser nuevo y hermoso,
el beso cariñoso
con que lo ungió al nacer Naturaleza.
Es el mismo que guarda del pasado
la augusta majestad y altos ejemplos;
el mismo que al través de las edades
transporta á las agrestes soledades

el polvo de talleres y de templos,
y hace surgir del polvo otras ciudades.

El mismo que al pasar sobre las ruinas
de tu heredad desmantelada y mustia,
hoy que sobre ellas con pesar te inclinas,
nos trae el grito de tu horrible angustia.
Y el mismo que al volver, tras enredarse
en el follaje espléndido y sombrío
de nuestras selvas vírgenes, cargado
de perfumes exóticos te lleva,
con el piadoso olvido del pasado,
el noble don de nuestra sangre nueva.

Recíbelo: aquí están los ideales
que al amplio porvenir las alas tienden:
aquí la savia generosa y rica,
aquí el fecundo y pródigo terreno
en donde la simiente de lo bueno
en árbol se convierte y fructifica.
Aquí es donde en constante,
titánica labor, formando vamos
la cadena de recios eslabones
que al Amazonas con el Bravo enlaza,
y que hará una nación con las naciones
que sangre alientan de latina raza.

Vamos de frente hacia la luz, nos guía
el afán de ser grandes y ser fuertes,
de que sólo un espacio nos cobije,
de que nos dé su impulso un solo aliento,
de ser sólo un cerebro y una idea
que vuele por el mundo con el viento
y que pasmo y asombro al mundo sea.
Y ese es el mismo afán que en los remotos
tiempos movió la raza que es la nuestra,
la que señora fué del orbe entero,
la que de nuevo lo será, si esquiva
el femenil deleite, si sacude
la torpe laxitud, y audaz y altiva,
de su muerta grandeza se alza viva
y á la amplia liza de la gloria acude.

¿Grandeza muerta? ¡No! Dormida sólo.
¡Latinos: despertad! erguid las frentes
de lauros inmortales coronadas,
volved á las pasadas
edades las pupilas, y de nuevo
tornad al campo de la lid como antes;
que otra vez las gigantes
trompetas de la fama, entre otros hombres
y en otros climas poderosas suenen,
y que en robustos himnos vuestros nombres

den al espacio y el espacio atruenen!
¿Acaso no será?... ¿Por qué?... El invierno
torna en eriales los que fueron campos;
pero la misma nieve
que la yerma extensión cubre y tapiza,
cuando llega el deshielo
pródiga y germinal empapa el suelo
y los áridos surcos fecundiza.

¡Oh! despertemos: la estación alegre
muy pronto llegará; ya nuestras venas
hincha una sangre juvenil y sana:
ya del árbol, guarida del insecto
y que batió el turbión con rudo azote,
por la rota corteza filtra y mana
la savia resinosa, y como erecto
pezón, en el ramaje apunta el brote.

¡Hossanna, hermoso amanecer de un siglo!
toda una raza te saluda. ¡Hossanna!
¡Bendito tú que derramando vienes
entre el leve carmín de la mañana
cuanto de grande en esperanzas tienes!
En ti esperamos, sí; caiga el olvido
sobre el pasado sufrimiento, y surja
la entereza viril. ¡Álzate, Iberia!

Latinos ¡despertad! Marchemos juntos;
que nos cobije siempre un solo espacio,
que nos impulse siempre un solo aliento,
que nos guíe á la luz sólo una idea,
y que ella al difundirse con el viento
asombro y pasmo para el mundo sea.

Canto á los Héroes de la Reforma

Homenaje á Juárez ante su tumba

AQUELLOS fueron símbolos más que hombres:
hostias por el destino consagradas,
carne y sangre de un pueblo,
en el altar augusto de un calvario,
Dios elevó aquel pan á lo infinito,
del asombrado mundo ante los ojos,
y el sacrificio resultó una gloria;
porque un esclavo comulgó de hinojos
y se irguió sin cadenas una historia!

—

Lenta y oculta, acaso hasta ignorada
por ellos mismos, germinó la idea:
toda revelación es imprevista,

surge á la luz de pronto,
mas se elabora tímida y despacio;
hasta que llega abril, el campo ignora
que son las flores sus mejores galas,
y el águila no sabe que tiene alas
hasta que va á engastarse en el espacio...

El llanto que derrama el oprimido
es lluvia que por fin encharca el suelo;
besa el sol esos charcos,
y hecho el llanto vapor, asciende al cielo:
el vapor que así sube
llega al trono de Dios y se condensa
en pavorosa nube
que aprisiona en su seno
plegarias, altiveces y desmayos;
extiende Dios la diestra, estalla el trueno,
la nube se abre, y de justicia lleno,
desciende el Redentor envuelto en rayos!

—

Y así los vimos descender: las iras,
las tremendas congojas
de un pueblo de titanes maniatado;
la mancillada gloria del pasado,
el bienestar del porvenir deshecho,
todo ese gran dolor formó un nublado,
y su amplio seno, entre siniestras calmas

y horrendas convulsiones
hizo al sino gestar aquellas almas
la voluntad del Dios de las naciones!

—

Y aquellos héroes de la luz, surgieron
como al mágico ensalmo de un conjuro,
como al místico encanto de un hechizo;
y á los rayos de un sol ardiente y puro,
el nublado fatídico y obscuro
en lluvia fecundante se deshizo.

—

Entonces fué la lucha: frente á frente
se irguieron dos gigantes:
uno dominador, déspota, adusto
y amenazando con eternas penas;
el otro dominado, pero augusto,
dispuesto á hacer muralla de su busto
y balas de cañón con sus cadenas.

—

Desnudo, dejó el uno el yunque, el campo;
los sitios en que vió correr sin premio
su vida de trabajo y privaciones;
sitios en los que atado al férreo yugo
de una labor para él sólo infecunda,
le robaba á su hogar tiempo y caricias,
para poder pagar á su verdugo

los diezmos y primicias.
El otro, el que quemaba el pan del pobre
en el rico metal del incensario;
el adepto de aquel, que proletario
sólo tuvo una túnica inconsútil
para envolver su cuerpo y su grandeza,
lleno de oro, de encajes y pereza,
dejó el confesonario!

—

Iban también á combatir dos Dioses:
el que hace del erial campo fecundo,
el que ama los ejércitos, y quiere
que seres libres pueblen á millares
los ámbitos del mundo;
el que en los mil rumores confundidos
de los vientos, los bosques y los mares,
«Creced», dice á las aves en los nidos,
y á los hombres «Creced» en los hogares;
y el otro Dios, el Dios que en los altares
amenaza y aterra;
el que tiene en su acento silbos de austro;
el que con el amor y el hombre en guerra,
por odio al hombre y al amor encierra
vírgenes infecundas en el claustro!

—

¡Qué invencible valor! ¡cuánta constancia

guardaban en su pecho generoso
los que así desafiaron la arrogancia
y el poder del coloso!...
Contra ellos, oro, valimiento, astucia;
la frase de insidiosa infamia llena
preconizando el cisma en los hogares;
la fe supersticiosa que domina
y que envilece el pensamiento humano,
haciendo que en la voz del Vaticano
tronara el eco de la voz divina:
con ellos, el ilota, el oprimido;
pero también con ellos la esperanza;
junto al desprecio altivo por la muerte,
la firme voluntad que anima y crea,
y para herir y derribar al fuerte,
lista en la honda de David, la idea.

—

Iban serenos á luchar, haciendo
donación de sus vidas á la patria;
llenos de hondo desdén, desdén sublime
con que al Gólgota sube
todo aquel que perdona y que redime.
Era preciso, al derrumbar lo falso,
al alzar la razón sobre el delirio,

subir al ara cruenta del cadalso
y el triunfo consagrar con el martirio!

—

Y así marcharon á la lid, dejando
la huella de su planta en sangre tinta
en cada verde llano, en cada roca;
vía crucis redentor; sangrienta raya,
que empezada á trazar en Tacubaya,
fué á ceñir el calvario de Pomoca!...

—

¡El choque fué terrible!... cuando al cabo
entre ruinas sangrientas y despojos
el vencedor se irguió; cuando sus ojos,
recorriendo los campos y la altura,
vieron en el confín del horizonte
los tintes indecisos de la aurora
después de aquella noche larga y fría,
bendiciendo al destino, llenó su alma
de una suprema aspiración: el día;
de una indomable voluntad: la calma!

—

Y la paz y la luz al cabo fueron:
vió el arca derrumbarse el alto muro
que encerraba la tierra prometida;
y aquella pobre raza desvalida,
engendrada quizás por la mirada

despreciativa y seca
que lanzó en la tortura
al caudillo español el héroe azteca;
en vez de avara atesorar millares,
trocó en yunques y fraguas los altares,
y erigió un templo á Dios: la biblioteca.

—

¡Juárez! ¡Señor! levántate y ve tu obra
mira la obra de aquellos
que á tu lado lucharon y contigo
le dieron con sus leyes á la patria
puerto seguro y salvador abrigo;
despierta y mira: del taller, del aula,
venimos ante el ara de esa tumba
el cántico á entonar de nuestro credo;
venimos á decirte que has vencido;
que el pueblo de sus labios nunca aparta
de tu enseñanza la sagrada forma,
y que, soldados de la paz, tenemos
un estandarte: nuestra Magna Carta,
y sólo un grito al combatir: ¡Reforma!

Julio de 1902.

ÍNDICE

Págs.

Dedicatoria V
Carta del Sr. Lic. D. Joaquín Baranda VII
Último canto de Andrés Chenier 3
Notas al poema Andrés Chenier 18
La maldición de Job 21
Hércules 35
Tulia 37
Agripina 39
Festín de amores 42
Hambre 45
A la memoria de la señorita Camerina Pavón 48
Miserere 52
Oración 54
Gotas de acíbar 55
Tres sonetos 59
Ondinas 62

	Págs.
Ultimas hojas	64
¡Hasta entonces!	67
A ti	69
En el álbum de una niña	71
Para el álbum de la señorita Sara Chavero	73
Ángelus	75
Yacánex (Poema histórico premiado)	78
No volvió	102
Olvido	104
Canción de otros tiempos	109
Mes de flores	112
Tiempos idos	117
Siempre lejos	120
Gota de acíbar	124
Vano anhelo	126
Junto al lago	127
Á una muerta	128
Sólo entonces	130
¡Perdón!	133
Floreal	135
En el bosque	137
Navidad	139
. . . . .	142
Irremediable	144
Redemptio	145
Treinta años	146
A una golondrina	147
Hacia el reposo	148
A Virginia Reiter	149

	Págs.
Al último azteca	152
A la Sociedad de Geografía y Estadística en el 50.º aniversario de su fundación	157
A los muertos	166
A Nicolás Bravo	171
En la brega	175
. . . . .	176
Fraternidad entre los pueblos hispanoamericanos. (Premio en los Juegos Florales organizados por la Junta de Covadonga en 1901)	178
Canto á los héroes de la Reforma	187